

# ¿DE LA GUERRA EN UCRANIA A UNA NUEVA GUERRA FRÍA?

La guerra de agresión rusa contra Ucrania ha vuelto a poner de actualidad el concepto y término de la Guerra Fría. Con cada escalada del conflicto –como es la reciente amenaza velada de Vladímir Putin de utilizar armamento nuclear– crecen las voces que sugieren el advenimiento de un nuevo conflicto permanente entre Occidente y Rusia, que guardaría suficientes similitudes con aquel período histórico para hablar de una Nueva o Segunda Guerra Fría o Guerra Fría 2.0.



¿NOS encontramos en los albores de un nuevo conflicto sistémico que definirá las relaciones internacionales globales y nos enfrentará a la posibilidad constante de la aniquilación total de la humanidad, características identitarias en su momento de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS?

Desde una perspectiva historiográfica debemos entender la Guerra Fría como una etapa perteneciente al pasado, pues existe un consenso amplio entre historiadores en fijar sus límites temporales entre 1947 y 1991. Al mismo tiempo, la evolución de la política exterior rusa durante los últimos 15 años y la creciente tensión con Occidente permiten recuperar el concepto del baúl de los recuerdos y establecer una serie de analogías válidas.

A la vez, la comparativa evidencia elementos que hacen entender que lo que sucede hoy entre Rusia y la OTAN y sus socios es en muchos sentidos distinto a lo que fue aquella confrontación bipolar que definió el mundo durante la segunda mitad del siglo XX.

El principal historiador de la Guerra Fría, John Lewis Gaddis, recordó con acierto que «la Guerra Fría fue muchas cosas para mucha gente». Desde Europa se vivió como polarización que llevó a la división político-territorial del continente en esferas de influencia dominadas desde Moscú por un lado y Washington y las capitales de Europa occidental por otro. En Asia, por el contrario, permanece el recuerdo de las guerras proxy de Corea y de Vietnam con sus millones de víctimas, mientras en

América y África se focaliza en la competición por asociar países no alineados del Tercer Mundo –o cambiar su pertenencia– a los respectivos bloques. Desde una perspectiva transversal, unos destacan la carrera armamentística que abrió la perspectiva de exterminar la civilización humana como tal. Otros ponen el foco en la rivalidad que se extendió incluso más allá de los límites de la propia tierra, llevando al hombre al espacio y a la Luna.

La actual tensión entre Occidente y Rusia permite divisar el legado de la Guerra Fría (con mayúsculas), o establecer paralelismos y analogías, principalmente desde la perspectiva del espectador europeo. El creciente distanciamiento de la Europa democrática y liberal de Rusia, y viceversa, se inició con motivo de la agresión militar de Rusia contra Georgia en 2008, se intensificó a raíz de la anexión de Crimea en 2014 y la intervención militar encubierta en el Dombás, y se transformó en dura confrontación en el terreno político, económico, narrativo y también militar (si bien de manera indirecta) como consecuencia de la invasión rusa a gran escala de Ucrania en febrero de 2022. En la interpretación analítica de esta dinámica resucitan conceptos como la contención, las esferas de influencia, líneas de demarcación, el telón de acero. Incluso la disuasión nuclear sobrevuela el escenario como espada de Damocles.

Ha sido Rusia, de la mano de su presidente y de los principales representantes de su administración –los ministros de Exteriores y Defensa o el vicepresidente del Consejo de Seguridad– los que, en un ejercicio meticulosamente medido y ejecutado, han introducido la terminología durante la última década gradualmente en la narrativa de las relaciones internacionales. Rusia trata así de posicionarse como la superpotencia que fue (y que irremediablemente dejó de ser hace más de treinta años)

## **La actual tensión entre Occidente y Rusia permite divisar el legado de la Guerra Fría, o establecer paralelismos y analogías, principalmente desde la perspectiva del espectador europeo.**

buscando ocupar en la sociedad internacional una posición de paridad con Estados Unidos, o al menos reclama ser el interlocutor indispensable para tratar cuestiones que afectan al espacio euroasiático.

Más allá del intento de moldear el marco narrativo, la realidad de la Rusia actual

nos traslada una imagen muy distinta. En el terreno económico, tecnológico, cultural o militar está lejos de ser un rival para la «alianza occidental»; y menos aún en un competidor relevante en el ámbito ideológico, pues a pesar de las persistentes críticas al modelo liberal –Putin lo denomina «obsoleto»–, Rusia no tiene un modelo político o ideología que ofrecer que ejerza atracción y ofrezca eficacia –como sí fue en su momento el comunismo soviético–. A la actual tesitura de tensión Rusia-Occidente le falta, pues, la característica de confrontación multidimensional propia de la Guerra Fría al tiempo que Rusia carece de los atributos de superpotencia.

Donde quizás más válida se torna la analogía con la Guerra Fría es en la caracterización de la guerra en Ucrania como guerra de sustitución, o guerra proxy, elemento identitario del conflicto bipolar del siglo XX. Similarmen te a cómo aconteció en Corea entre 1950 y 1953 y en Indochina durante la década posterior, Occidente apoya moral y materialmente al actor agredido, mientras Rusia hacía lo propio en relación a los independentistas rusófonos del Dombás, hasta convertirse en febrero de 2022 en actor directo y a gran escala en el escenario bélico. Es igualmente cierto que, como había sucedido 60 años antes en los escenarios asiáticos, la solidaridad americana y europea con Kiev está orientada a la contención de expansionismo ruso para mantener la amenaza alejada de su territorio. La Doctrina Truman mediante la que los Estados Unidos establecieron las líneas maestras de su postura intransigente con el expansionismo de la URSS y del comunismo soviético y la teoría del dominó que se encuentra en el núcleo de su configuración, se tornan en este sentido reconocibles como referentes análogos a la situación actual.

Otros dos rasgos que definieron en su momento la confrontación sistémica entre Moscú y Washington están, por el momento, ausentes del escenario actual: la existencia de bloques de Estados aliados con las superpotencias en pugna; y la disuasión nuclear.

Rusia no cuenta con un grupo sólido ni estable de países aliados que le apoyan. Con las excepciones de la cuasi vasalla Bielorrusia y el régimen sirio de Al-Ássad, la capacidad de Rusia de influir eficazmente en los asuntos internos de otros países, incluso de vecinos tradicio-





nalmente afines, está menguando. La propia Ucrania es el mejor ejemplo de ello. Otro ejemplo reciente es Armenia, tradicionalmente alineada con la Federación Rusa por el apoyo de esta en relación a su litigio territorial con Azerbaiyán; la brutal manifestación en Ucrania de lo que Rusia es capaz de hacer para satisfacer sus intereses, infunde miedo y está produciendo en el gobierno de Ereván un acercamiento tan sorprendente como rápido a Estados Unidos (la visita de la presidenta del Congreso, Nancy Pelosi, a Armenia hace escasas semanas era impensable apenas unos años atrás).

Rusia nada tiene que ofrecer a sus vecinos –ni a nivel económico ni de seguridad– que permita construir a corto o medio plazo un bloque de Estados de facto dependientes, como el que el Kremlin controlaba con mano dura en tiempos de la URSS. Se ha atisbado una alianza ruso-china. Si esta finalmente se consolidara, cuestión que está por ver, estaría en cualquier caso controlada por Pekín, no por Moscú. Y no resulta probable que China ponga en riesgo o incluso sacrifique sus estrechas relaciones comerciales con Occidente –que es su principal mercado de exportación– para satisfacer las aspiraciones etnonacionalistas del presidente Putin.

En cuanto a disuasión nuclear se refiere, Rusia por supuesto sigue manteniendo un arsenal nuclear imponente, tanto a nivel estratégico como táctico, solo superado por el de Estados Unidos. Sin embargo, por el momento, ni Moscú ni Washington han querido hacer



uso de estas capacidades en el tablero ucraniano. No parece probable que Estados Unidos esté dispuesto –y mucho menos sus aliados europeos– a contener a Rusia en Ucrania al precio de una guerra nuclear. Rusia por su parte también está optando por agotar todos los instrumentos de la guerra convencional, como sugiere el aumento significativo de sus tropas mediante la movilización parcial; no contempla por el momento escalar el conflicto para jugar la carta de los misiles balísticos estratégicos apuntando a Washington, Londres o Madrid, pues es consciente de que Occidente no cedería al chantaje nuclear. Otra cuestión distinta es la posibilidad de que el régimen moscovita termine utilizando armas nucleares tácticas en el campo de batalla ucraniano. Aunque



eso significaría una escalada importante y la rotura de un tabú en cuanto que jamás ha pasado a usarse este tipo de armas, no requerirían de una respuesta análoga de Estados Unidos por lo que en último término no desempeñan una función disuasoria.

Conviene recuperar al final de esta reflexión un concepto propio de la Guerra Fría que, a diferencia de muchos otros que acabamos de referir, no goza en estos meses de una presencia en la narrativa de las partes en conflicto: la distensión o *détente*. En los años 1960, después de que la rivalidad sistémica llevase al mundo a raíz de la crisis de los misiles de Cuba al borde del abismo atómico, los líderes de las dos superpotencias consiguieron articular un *modus vivendi* que satisfizo sus respectivos intereses nacionales de manera suficiente, prescindiendo para ello de una interpretación maximalista de sus objetivos estratégicos.

Si el pragmatismo realista se antepusiera al maximalismo dogmático en el ejercicio de la política exterior rusa, no existen motivos por los que un proceso negociador no pudiese arrojar resultados aceptables para ambos bandos. Así sucedió en la década de 1960: tra-

**Conviene recuperar un concepto propio de la Guerra Fría ausente estos meses en la narrativa de las partes en conflicto: la distensión o *détente*.**

tados de reducción y control de armamentos tan importantes como el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares (TPPEN) o el Tratado de No Proliferación (TNP), que modificaron la dinámica de confrontación de manera tan profunda como para que algunos historiadores sitúen el final de la Guerra Fría en aquellos años, requirieron la voluntad política de ambas partes, decisiones valientes y gran constancia y resistencia en un proceso negociador que duró años.

Si hay una lección de la Guerra Fría que extraer para el mundo de hoy, la coexistencia pacífica entre sistemas y la capacidad de poner en pie una distensión basada en la cooperación entre las grandes potencias para evitar los riesgos de una conflagración global se ofrecen como ejemplos más constructivos que la competencia ideológica y los pulsos militares que marcaron los momentos más peligrosos de aquel período.

**JOSÉ MANUEL SÁENZ ROTKO**  
Universidad Comillas